

Entre una crónica del horror y una historia de la violencia política en la guerra civil y la posguerra españolas

Julián Sanz

El creciente número de estudios monográficos sobre la represión y la violencia política durante la guerra civil y la posguerra, en ocasiones asociado al auge de la llamada *memoria histórica* y de la edición de testimonios, ha favorecido la publicación de algunas nuevas síntesis o análisis generales de la cuestión. Así, renovando la aportación fundamental que en su día supuso *Víctimas de la guerra civil*, en los dos últimos años hemos podido contar con notables novedades como *La España masacrada* de Julio Prada y la obra colectiva *Violencia roja y azul*.¹ Aunque estas relevantes aportaciones han quedado un tanto eclipsadas ante el esperado libro de Paul Preston *El holocausto español. Odio y exterminio en la Guerra Civil y después*, cuya publicación en castellano y catalán² ha venido acompañada de un fuerte soporte promocional, una amplia atención de medios de comunicación de diverso signo y un más que notable éxito de ventas. Todo lo cual viene a confirmar el prestigio del hispanista inglés, resultado de una larga trayectoria investigadora dedicada a la Segunda República, la Guerra Civil y la Dictadura de Franco, que nos ha dejado clásicos como *La destrucción de la democracia en España* (1978), *Las derechas españolas en el siglo XX* (1986) o *Franco «Caudillo de España»* (1994). El impacto del libro, acrecentado por el interés y el carácter polémico del tema, ha dado lugar en se-

guida a buen número de reacciones, ha suscitado algunos acalorados debates³ y nos ha sorprendido con alguna reseña paradójica.⁴

Con el objetivo declarado de mostrar en qué consistió lo que denomina «holocausto español» y de desentrañar sus causas, Preston ha construido un monumental estudio a caballo entre la síntesis de un gran número de monografías, la descripción detallada de la represión en buena parte de

España y el análisis de las causas y los actores de aquella violencia. Un trabajo sustentado por una impresionante base empírica, desplegada en más de 1.800 notas al pie que registran un extenso uso de fuentes primarias y un notable conocimiento de la vastísima bibliografía existente, además de beneficiarse del contacto con una amplia red de investigadores españoles. Sobre tal base, Preston ha optado por una exposición narrativa, urdiendo un largo y pormenorizado relato que busca aproximarnos a

la realidad histórica por medio del acercamiento a los personajes, sus acciones y sus vivencias, sean individuos o personajes colectivos como las columnas militares, las patrullas de retaguardia o las localidades martirizadas por la represión. Con ello permite una cercanía que, lejos de la fría estadística de muertos, implica al lector en los horrores de la guerra, recurriendo con buen tino a la capacidad ejemplar que transmiten los casos concretos. Este apego al detalle convierte *El holocausto español* en un extenso catálogo de horrores y crímenes, de asesinatos, de ocasionales *hombres buenos* y de numerosas víctimas, que puede no ser plato de gusto para algunos críticos, pero que resulta acorde con aquella vil matanza.

La tesis central, avanzada en el prólogo, subraya la diferencia esencial entre la represión desencadenada por los rebeldes y la violencia en zona republicana, aunque



Paul Preston

El holocausto español. Odio y exterminio en la Guerra Civil y después
Barcelona, Debate, 2011,
859 págs.

1. Santos Juliá (coord.): *Víctimas de la guerra civil*, Madrid, Temas de Hoy, 1999; Julio Prada Rodríguez: *La España masacrada*, Madrid, Alianza, 2010; Francisco Espinosa Maestre (ed.): *Violencia roja y azul*, Barcelona, Crítica, 2010; a destacar también Javier Rodrigo: *Hasta la raíz. Violencia durante la guerra civil y la dictadura franquista*, Madrid, Alianza, 2008; Santiago Vega Sombría: *La política del miedo. El papel de la represión en el franquismo*, Barcelona, Crítica, 2011; y sobre la cuestión de la memoria Julio Aróstegui y Sergio Gálvez (eds.): *Generaciones y memoria de la represión franquista*, Valencia, PUV, 2010.

2. Paul Preston: *L'holocauste espagnol. Odi i extermini durant la Guerra Civil i després*, Barcelona, Editorial Base, 2011.

3. Véase la sección «Debate», *Historia del Presente*, nº 17, 2011. También Jorge M. Reverte, «De holocaustos y matanzas», *El País*, 11-V-2011; Josep Fontana, «La feroz crítica de Jorge M. Reverte contra Paul Preston tiene más exabruptos que argumentos», *Público*, 15-V-2011.

4. Sorprende por sus elogios la de Luis María Anson, «Paul Preston y la guerra incivil», *El Cultural*, 22-IV-2011, aunque luego expone una versión opuesta a la del libro, con la República como causa de la guerra y antesala del comunismo.

sin dejar de señalar a lo largo de la obra la enorme cantidad de crímenes y de víctimas existentes en ambas. Por parte de los golpistas, se trató de una violencia sistemática, planificada e impulsada por los mandos militares para eliminar o inmovilizar por el terror a los posibles adversarios políticos: «el terror del Ejército africano se desplegó en la Península como instrumento de un plan fríamente urdido para respaldar un futuro régimen autoritario». Además, la estrategia bélica de Franco de alargar la guerra fue un medio de extender la represión, «una inversión en terror para facilitar el establecimiento de la posterior dictadura», todo ello con la finalidad de «asegurarse de que los intereses del antiguo régimen no volvieran a cuestionarse» como se había hecho entre 1931 y 1936. En cambio, «la represión en la zona republicana fue una respuesta mucho más impulsiva», resultante del desplome de las estructuras del estado originado por la sublevación y favorecida por la retórica revolucionaria purificadora de «la extrema izquierda» y por «el odio subyacente nacido de la miseria, el hambre y la explotación». Pero, en todo caso, esta violencia indiscriminada fue condenada por las autoridades, subrayándose en todo momento que «los esfuerzos de los sucesivos gobiernos republicanos para restablecer el orden público lograron contener la represión», casi extinguida para diciembre de 1936.

El estudio parte de un extenso primer bloque dedicado a la evolución de la Segunda República Española, en un intento de rastrear las causas del enfrentamiento y de la violencia desatada a partir de julio de 1936. La interpretación que recorre estos capítulos es en esencia la ya expuesta en obras anteriores, con un enfoque fundado en la contraposición entre el proyecto reformista emprendido por los primeros gobiernos republicanos, que suscitó las esperanzas de amplias capas populares movilizadas tras el ideal de modificar el injusto orden social, y la persistente oposición a las reformas de

los sectores más conservadores. Sobre esta base se desarrolla un relato centrado en torno al eje del conflicto social, alimentado por tres factores que se van retroalimentando: la pobreza y la desesperada situación de las masas trabajadoras, origen de sus reivindicaciones y movilizaciones; la hostilidad a la República y la radical oposición a las reformas por parte de las derechas, los terratenientes, los africanistas y la mayoría del clero; así como la extensa conflictividad social, objeto de una dura represión. Preston nos presenta asimismo un *bienio negro* bien alejado de la imagen edulcorada que parecía imponerse, sobre todo por el incumplimiento de la legislación laboral, la acrecentada prepotencia de la patronal y la difícil situación de las masas trabajadoras. Ello permite explicar mucho mejor el difícil marco en el que debieron actuar los socialistas y su creciente radicalización, resultado de la presión de las bases obreras, del giro a la derecha del gobierno –subrayando la actuación provocadora de Salazar Alonso– y de la percepción del «peligro fascista» encarnado por la CEDA. Frente a ello, entiende que las intenciones del socialismo eran sobre todo «limitadas y defensivas», pues la retórica radical de Largo Caballero y la amenaza de recurrir a una huelga general revolucionaria pretendían evitar la subida al poder de la CEDA, considerada la antesala de una dictadura como las que se extendían por toda Europa, y no respondían a una efectiva preparación revolucionaria. El estallido de octubre de 1934, la dura represión desencadenada contra la izquierda y el creciente escoramiento a la derecha del gobierno acabaron por afirmar una política socialmente reaccionaria y un ambiente de acentuado «temor y resentimiento» entre las diferentes clases sociales, en especial en el sur latifundista. Como resultado de ello, tras la victoria del Frente Popular las masas presionaron por la rápida puesta en marcha de las reformas prometidas, mientras la patronal agraria mantenía su actitud de boicot, lo que

incrementó la tensión y los incidentes violentos en la primavera de 1936.

Las siguientes partes del libro constituyen un minucioso recorrido cronológico por la represión desatada en todo el país, tanto en el territorio rebelde como en el controlado por los republicanos, como consecuencia del golpe de estado de julio de 1936. Preston comienza recordando las instrucciones de Mola para el uso del terror, para enlazar con la salvaje represión desplegada por las fuerzas golpistas en Andalucía («el terror de Queipo»), Navarra, Galicia, Castilla la Vieja y León («el terror de Mola») y posteriormente en los nuevos territorios conquistados, con atención a Extremadura, Toledo, País Vasco, Asturias, Aragón o Cataluña. Por más que sea bien conocida, no deja de estremecer la bárbara violencia desatada por las columnas rebeldes en las comarcas andaluzas y extremeñas, siguiendo tácticas de terror procedentes de las campañas africanas, con matanzas indiscriminadas que dejaban cifras de muertos desproporcionadamente altas (en Zafra o Villafranca de los Barros, sin ninguna víctima de derechas, asesinaron a cientos de personas). Las masacres no respetaron límites de ningún tipo, alcanzando no solo a militantes o simpatizantes de la izquierda, sino a prisioneros, heridos, mujeres –en no pocos casos embarazadas– y niños, siendo la violación y el asesinato de mujeres y chicas adolescentes una práctica reiterada en todos los territorios tomados por los *cruzados*. También se desplegó una dura represión en provincias conservadoras donde apenas había habido resistencia al intento golpista, lo que mostraba «las verdaderas intenciones de los rebeldes».

Para Preston, «el terror cumplía con unos objetivos a corto y largo plazo»: en el corto atajar la resistencia y hacer seguro el territorio, en el largo «la eliminación de todo lo que significaba la República, ya fuera el desafío específico a los privilegios de los terratenientes, los industriales, la Iglesia católica y el Ejército, o ya fuera, en términos

más generales, un modo de librarse de la subyugación de los campesinos sin tierra, los obreros urbanos y, el punto más irritante para las derechas, las mujeres». Se trataba de aniquilar la amenaza al orden social, de «arrancar de raíz el conjunto de la cultura progresista de la República», o de, en el lenguaje de la derecha, exterminar «la anti-España» judeo-masónica y bolchevique. Se trató por tanto de una represión ordenada, inducida y apoyada por los mandos golpistas, aplicada impunemente por las columnas militares y las milicias falangistas o de otro signo, así como legitimada por la Iglesia. Una ola de violencia que no encontró la condena de voces señaladas del bando sublevado ni de la jerarquía católica, cuya connivencia con la represión se evidencia.

En la zona republicana, la rebelión del 18 de julio provocó «el colapso de buena parte de los instrumentos del estado», quedando las autoridades impotentes mientras el poder real pasaba a manos de «comités espontáneos de partidos y sindicatos de clase [que] crearon sus propias milicias y centros de detención, conocidos como chekas» y se desencadenaba «una oleada de matanzas» de religiosos, patronos y derechistas. Como principales factores explicativos, Preston indica el rencor social acumulado por años de injusticia, el anticlericalismo, el extremismo revolucionario, las represalias por los bombardeos y las masacres cometidas por los rebeldes, la desaparición de los controles sociales y legales ordinarios, o la salida en libertad de numerosos delincuentes comunes que tuvieron un relevante papel en la violencia desatada en la retaguardia republicana. A ello contraponen la actitud de las autoridades del gobierno central y la Generalitat, que condenaron los crímenes cometidos y trataron de contener la represión, de salvaguardar la vida de derechistas y clérigos, de restaurar la legalidad. Una vez que el gobierno republicano pudo ir reconstruyendo el orden y eliminando el poder de las milicias, la violencia se redujo notablemen-

te y fue sustituida por la justicia de tribunales con relativas garantías, sin que faltasen algunos repuntes violentos. Por ello subraya en todo momento la diferencia entre la represión en ambos bandos: «en la zona republicana venía desde abajo, en la zona rebelde venía desde arriba».

El análisis sobre la violencia en la retaguardia republicana se centra sobre todo en los casos de Cataluña y Madrid, con menor atención a lo sucedido en Aragón, el País Valenciano, Andalucía y muy escasa a otras zonas, cobrando destacado peso la pugna entre las milicias cenetistas y la Generalitat por el control del orden en Cataluña, los *Fets de Maig* y sus consecuencias y los asesinatos de Paracuellos. A lo largo del relato sobresale la amplia responsabilidad de los comités y milicias anarquistas en la violencia represiva, con una importante presencia de criminales comunes. En Cataluña la FAI ejerció «su violencia sin freno» gracias al control de las milicias, estando las patrullas de control en manos de «una mezcla de extremistas comprometidos con la aniquilación del viejo orden burgués y delincuentes comunes recientemente liberados» que practicaban registros, robos y asesinatos de personas consideradas de derechas. Dentro de esta violencia indiscriminada de los primeros meses, recoge también la extensa persecución anticlerical, contra religiosos y católicos militantes, que explica como resultado de la tradicional alianza de la institución eclesíastica con los poderosos y la derecha, atribuyendo a la FAI la ferocidad de la persecución anticatólica en Cataluña. También los apartados dedicados a Madrid explican en detalle la represión ejercida por las checas y los grupos milicianos, tanto anarquistas como socialistas y comunistas, responsables de un «terror revolucionario» que sembró una violencia indiscriminada durante meses, en ocasiones bajo el barniz de organismos oficiales. En este sentido, se detiene extensamente en el caso de Paracuellos, concluyendo que la masacre se organizó con

el acuerdo de los hombres de la JSU que controlaban Orden Público y los dirigentes locales de la CNT, siendo por tanto fruto de una decisión política y militar.

Acabado el conflicto, dedica el último capítulo a la represión de posguerra, una prolongación por otros medios de «la guerra contra la República», repasando las diferentes modalidades represivas (tribunales militares, cárceles, campos de concentración, batallones de trabajo, ley de responsabilidades políticas...) y la colaboración con el Tercer Reich y Vichy para perseguir a los republicanos exiliados. También subraya la significación de clase de la represión y de la dictadura: «la erradicación de los sindicatos y el sometimiento de la clase obrera generalizaron los sueldos de hambre entre la población, lo que permitió a las bancos, la industria y las clases terratenientes registrar un espectacular incremento de los beneficios». Cierra la obra un epílogo de escaso interés, que comenta algún caso de arrepentimiento, locura o padecimientos entre los antiguos represores.

La aparición de *El holocausto español* ha sido seguida por buen número de comentarios y algunas polémicas, a partir del título elegido. Ciertamente Preston ha defendido que utiliza el término *holocausto* en su sentido literal de «gran matanza» y que con ello no ha pretendido minimizar en nada «la tragedia judía». Sin embargo, el genocidio sistemático cometido por los nazis contra los judíos presenta unos rasgos excepcionales que hacen equívoco y poco adecuado utilizar el término que se usa para hacer referencia a la «singularidad de Auschwitz» aplicándolo a otras masacres del violento siglo XX, por extensas que fueran.⁵ También han existido críticas respecto de la parcialidad o el «desequilibrio», incluso el «maniqueísmo», con que se afrontaría la violencia de uno y otro bando. Salvo en algunos matices, tales ataques no se corresponden con la mayor parte del contenido de un libro riguroso y honesto, que

5. Como bien señala Holm-Detlev Köhler; «Un libro excelente con un título desafortunado», *La Nueva España*, 26-V-2011. Vid. también las declaraciones de Paul Preston, «Franco era un deficiente emocional», *El Cultural*, 16-V-2011.

no ahorra en detallar violencias cometidas en ambas zonas, ni en señalar responsabilidades criminales y vergonzosas complicidades, por lo cual ha levantado y levantará ampollas a estribor y babor. Ahora bien, lo que lógicamente no hace es considerar iguales a ambas partes, ni colocarse en una posición de falsa equidistancia, pues no es posible para un demócrata asumir una postura ética intermedia entre los defensores de la legitimidad democrática y los golpistas, entre Azaña y Franco. Del mismo modo que no se pueden igualar las responsabilidades en el desencadenamiento de la guerra ni el significado de la violencia de ambos bandos con el habitual *todos fuimos culpables*. A estas alturas parece que aún es necesario indicar, como hace Preston, que los responsables de desencadenar la guerra fueron los golpistas y que existieron significativas diferencias cualitativas y cuantitativas con respecto al uso de la violencia entre los republicanos y los insurrectos.

Desde mi punto de vista, los mayores límites o problemas observables tienen que ver con aspectos metodológicos, conceptuales e interpretativos, relacionados con la opción elegida para abordar el estudio. Con el ambicioso objetivo de explicar y *contar* la extensa ola de violencia desatada durante la guerra civil, el autor nos presenta una historia de corte tradicional, una narración descriptiva, factual, *événementielle*, que no se entretiene en disquisiciones conceptuales, ni establece tipologías o categorías analíticas explícitas. Se trata de una apuesta que, gracias su nervio narrativo, convierte esta dura historia en una lectura atractiva para el gran público, pero que implica algunos problemas para explicar una realidad tan compleja y plural como la de los años treinta. En especial por una explicación que tiende a simplificar los factores causales y atiende escasamente los progresos de la historiografía en el estudio de la violencia política, las culturas políticas, la acción colectiva, los imaginarios de confrontación o

el anticlericalismo, que hubieran enriquecido notablemente el análisis.

Así, en algunos momentos adolece de cierta tendencia al teleologismo, no resultando casual que «inevitable» sea uno de los adjetivos más reiterados a lo largo de sus páginas. Y, pese a que Preston aclare que la guerra no era inevitable, sino que fue resultado de la sublevación de julio de 1936, la continua insistencia en los elementos de conflicto y enfrentamiento existentes a lo largo del primer quinquenio republicano parecen conducirnos naturalmente a tal desenlace. Es algo que se observa bien en la titulación de los apartados: el primer bienio se sintetiza en «los comienzos de la guerra social» y desde octubre de 1934 nos encontramos en «la inminencia de la guerra», con lo que retornamos al viejo vicio que parece entender el primer quinquenio republicano como mera antesala o prólogo de la guerra civil. Añadamos que las fuentes utilizadas y el relato mantienen como principal foco de atención la España latifundista (Andalucía Occidental, Extremadura, La Mancha, Salamanca), de lo que deriva una visión que privilegia el enfrentamiento dicotómico entre terratenientes y jornaleros, el «ambiente de odio social» que parece prefigurar la guerra. Ello supone además simplificar la compleja y muy plural realidad del campo español de los años treinta, lo cual también dificulta comprender las posiciones conservadoras que asumieron extensos sectores de las capas intermedias rurales que apenas están presentes en el estudio.

Ya en la guerra civil, la insistencia en las notables diferencias existentes entre la violencia de una y otra zona lleva a plantear una interpretación global en exceso simplificadora, una dicotomía que contrapone una «violencia institucional» rebelde frente a una «violencia espontánea» republicana, aunque a veces se vea matizada por la narración en detalle. La violencia desplegada por los sublevados parece explicarse primordial y necesariamente por el plan de exterminio

diseñado por los golpistas, reforzado por aspectos como el reaccionarismo de los terratenientes y su desprecio a los jornaleros, las construcciones ideológicas de la extrema derecha sobre el complot judeo-masónico-bolchevique y la brutalidad de las tácticas africanistas incorporadas por las columnas rebeldes. Pero, siendo todo ello más o menos cierto, tales factores no bastan por sí solos para explicar el concurso entusiasta y la convivencia criminal de muchos españoles a la brutal represión que desde arriba, pero también desde abajo y de forma más espontánea, practicaron los sublevados.

Igualmente, como factores para entender la violencia en la zona republicana se destacan el resentimiento social, la eliminación de los controles estatales, la actividad de criminales salidos de las cárceles y las represalias a las masacres de la otra parte, junto al extremismo revolucionario, sobre todo de los anarquistas. Con una visión discutible, se afirma que una sociedad tan represiva dio lugar a una «una clase marginal completamente embrutecida», lo que explicaría tanto el fervor revolucionario de la extrema izquierda como la furia asesina desatada el verano del 36. La insistencia en este tipo de factores da a algunos pasajes un cierto tono exculpatorio, como lo hace también el título elegido para el capítulo 10 («La respuesta de una ciudad aterrada: las matanzas de Paracuellos»). Aunque lo cierto es que en su explicación de este último caso Preston deja claras las responsabilidades políticas existentes detrás de «la mayor atrocidad cometida en territorio republicano durante la Guerra civil española», lo cual pone de manifiesto que la violencia en zona republicana tampoco puede entenderse únicamente como «espontánea» y «desde abajo». Al respecto, el análisis de la violencia revolucionaria se hubiese beneficiado de una mayor atención a los discursos y a los imaginarios de las diferentes culturas políticas de la izquierda, o del anticlericalismo, explicado sumariamente por la iden-

tificación de la Iglesia con la derecha y los patronos. Por ejemplo, a lo largo del libro se hacen algunas referencias a la vinculación entre las ideas revolucionarias y la necesidad de destruir el viejo orden, sobre todo a la visión anarquista de «la violencia como un instrumento esencial para el cambio social». Bien, puede que los anarquistas fuesen quienes con más ahínco y derramamiento de sangre aplicasen el mito de la violencia creadora, pero no fueron los únicos influidos por una visión revolucionaria de ese tipo y tal vez ello pudiera contribuir a explicar lo ocurrido en zonas de fuerte presencia socialista y apenas atendidas, como Castilla-La Mancha, Asturias o Cantabria.

En todo caso, *El holocausto español* constituye un incisivo y detallado estudio, un enorme fresco sobre la oleada de violencia y terror desatada en toda España en el verano de 1936. Minucioso y riguroso, su descenso al detalle permite acercarnos con verosimilitud al destino de cientos de miles de víctimas y a las barbaridades cometidas por buen número de criminales, en nombre de la *cruzada* o de la revolución. La amplia difusión del libro debería servir, por lo tanto, para acercar a la ciudadanía el horror de la guerra y para desmontar los persistentes mitos sobre la misma. No solo los contruidos por los contendientes, sino también aquel falso *todos fueron culpables*, que ha permitido en la práctica difuminar las responsabilidades reales y concretas, a la par que camuflar como *excesos inevitables* en una guerra civil la brutal represión impulsada por los golpistas y prolongadamente sostenida por la dictadura franquista. Una guerra y una dictadura, como nos recuerda Preston, nacidas del intento golpista que hoy hace 75 años pretendió acabar violentamente con la democracia y las reformas sociales encarnadas por el gobierno de la República.